

Antecedentes

M.Campa

“Africanos somos, don Miguel”, escribe un desilusionado y aún joven Ortega al Rector de Salamanca. Lejos estaba el filósofo madrileño de constatar todo el alcance de su afirmación. Dos importantes estudios genéticos, de los que da noticia el último número de la revista Science, se basan en el recién desentrañado genoma humano para llevar a sus últimas consecuencias una ya veterana teoría: aquí, todos africanos; los arios, los rh negativos del PNV e, incluso, don Pelayo. Si alguna esperanza quedaba a quienes gustan de presumir de lejanos y nobles ancestros genéticos, ya pueden ir abandonándola. Al fin, sólo va quedando que cada uno es hijo de sus obras, según la frase del viejo hidalgo manchego.

Pero la cosa no acaba aquí. Que los europeos no sean, en el fondo, sino unos pobres africanos con pretensiones, pase. Pero hay más; durante mucho tiempo, las teorías acerca de la evolución humana consideraron como excepcional y extraordinario que el hombre del Neandertal no tuviera continuidad genética en los europeos actuales, es decir, que el hombre del Sidrón no fuera el antepasado de quienes hoy hacen el descenso del Sella en piragua. Sin embargo, estos estudios ahora divulgados muestran que lo que se creía una excepción ha sido la regla general. El actual homo sapiens también reemplazó, sin cruzarse con él, hace unos cien mil años al homo erectus. Si esto es así, una grave sospecha recae sobre nuestros terribles antecesores: que los diferentes grupos de homínidos, cuando se encontraban, lejos de repetir la historia de los romanos y las sabinas, optaban, no pocas veces, por el exterminio mutuo; cuando un grupo no se extinguía por causas naturales, se encargaban otros, casi semejantes, de acabar con él. La consideración del Neandertal como un excepcional cabo suelto, estaba avalada por un cierto optimismo en la consideración de nuestra especie: no podía ser que tuviéramos unos antecesores tan poco sociables.

Ahora, la perspectiva es muy otra, ya que los antecedentes de nuestra especie dejan, al parecer, bastante que desear. Por eso, intuyéndolo –mucho antes que los actuales expertos en genética-, Platón cuenta que Zeus, temiendo que nuestra especie quedase exterminada por completo al no ser capaces de relacionarse a cordias, envió a Hermes para que llevase a los hombres el pudor y la justicia, “para que alcancen las ciudades la armonía y los lazos comunes de la amistad”. Cómo extrañarnos, hoy, de que resulte tan difícil la convivencia entre grupos étnicos o religiosos diferentes; que resulte la paz tan dificultosa en Oriente Medio, en El Goierri o entre nuestros parientes los tutsis. Por eso, para el filósofo de Königsberg, la paz es un punto de difícil llegada, no un fácil punto de partida.

El joven Ortega tenía razón: “Africanos somos, D. Miguel”. Y la buena convivencia exige un gran esfuerzo, y es siempre un laborioso objetivo que debemos alcanzar. Cómo extrañarnos de que la actual fiera humana dé muestras -al menor fallo del control social- de una voracidad y capacidad de latrocinio infinitos. (No hay sino mirar en nuestro entorno). Esta fiera humana actual no lleva en Europa –según los estudios citados- más de unos cincuenta mil años, que apenas dan para aprender a fabricar un tayuelo y muy poco más.